

lo que dice de la desgracia: «Habéis ordenado y es así, ¡Dios mío! que todo espíritu que está fuera del orden, sea para sí mismo su tormento». <sup>(1)</sup> ¡Lo comprendes?—¡Ah! sí, demasiado.—También él lo comprendió, y con esto lo dijo todo: no hubiera podido decir más.—Sí, estoy perdido, y perdiéndome, he perdido á Dios, y con Dios, mi felicidad, mi todo.—Pues bien, busca de nuevo á Dios, y con él encontrarás todo lo que has perdido, á ti mismo, tu felicidad, tu todo. Pero sólo con la condición de buscar de nuevo á Dios. Y aquí viene bien la segunda palabra del mismo que tan bien conocía los corazones: «Señor, nos habéis hecho para Vos, é inquieto está nuestro corazón hasta que descansa en Vos». <sup>(2)</sup>

(1) S. Agustín, *Conf.*, 1, 12, 19.

(2) S. Agustín, *Conf.*, 1, 1, 1.

## APÉNDICE I

### LA PRETENDIDA FELICIDAD DE LOS ANTIGUOS

1. **Glorificación exagerada de la antigüedad.**—Se ha abandonado desgraciadamente la antigua literatura clásica en nuestros tiempos de pretendidos esfuerzos realistas, y esto en detrimento de una educación más culta y de más ideal dirección del espíritu. Aplastador es el contraste, comparado con los tiempos pasados. En otros tiempos, se llevó tan lejos la pasión por la antigüedad, que hasta se sentían casi obligados á honrar los falsos dioses y á imitar los vicios de los antiguos para tener con ellos mayor semejanza. Parece que nada pueden hacer los hombres con peso y medida; hasta el modo de cultivar la historia es ó idolatría ó desprecio absoluto de la misma. Imposible es, ó al menos parece serlo, formar un juicio imparcial, ó tener un modo de pesar tranquilamente los bienes y los males de una época ó de una persona. Oblíganos á presentar esta acusación la inmoderada admiración siempre creciente de todo lo antiguo y de todo lo que con la antigüedad tiene alguna relación. Se burlan de los cristianos, porque veneran con respeto el Sepulcro del Maestro, ó las criptas en que reposan las reliquias de los Apóstoles; pero es para ellos objeto de culto verdaderamente idolátrico una baldosa hallada en el Foro y que quizá pisó Cicerón cuando iba á la Rostra, si no es que la arrojó allá algún vándalo. Aun hoy no ha pasado de moda esta especie de éxtasis. Es cierto que la mayoría, ni conocimiento tienen de las cosas de la antigüedad, pero esos vacíos los llena también el ciego entusiasmo. La razón de todo esto, razón

de la cual no se dan cuenta exacta la mayor parte, y que confiesan muchos sin vergüenza, es que los antiguos no eran cristianos. Si elevan la antigüedad hasta las nubes, pasando por encima de la verdad, es para probar que no era necesario al mundo el Cristianismo, para llegar al perfecto desarrollo, á la civilización interior y exterior, y para obtener felicidad completa. Según la teoría de algunos, se siente uno tentado á creer que en la antigüedad clásica estaba el cielo en la tierra, y que el Cristianismo destruyó ese cielo para darse el gusto de inventar otro. Goethe y Schiller manifestaron ya esta pretensión y estas blasfemias, y nosotros tratamos de inculcarlas á nuestros estudiantes, valiéndonos de sus poemas. Los socialistas demócratas hacen la aplicación y la contra prueba, diciendo que si se ha de poner otra vez el cielo en la tierra, es ante todo necesario destruir el cielo que está allá arriba, detrás de las nubes y sobre la cabeza de la cándida humanidad creyente. De este modo, como ha sucedido siempre, se dan la mano de hermanos el idealismo exagerado y el más grosero realismo.

Aclararemos nosotros esta cuestión.

## 2. Excelencia relativa de los antiguos tiempos.—

Si limitásemos la discusión á los últimos tiempos del antiguo mundo ya en decadencia, podríamos dar una respuesta pronta y fácil. Haríamos ver con pocas palabras que estuvo el paganismo á una distancia infinita de ese fin que es la satisfacción interior, en aquella época en que reinaban insoportables abusos políticos y morales; en aquella época en que, según el sentimiento de un profundo pensador contemporáneo, desesperados los hombres, se entregaban á los desórdenes más deshonorosos; <sup>(1)</sup> en aquella época en que no bastaba para alimentar la gula más insaciable, ni la carne de los animales más repugnantes, y en que se desembarazaban de aquella vida monótona y sin interés, únicamente por disgusto; en aquella época, la palabra suicidio fué al parecer la última que supo pronunciar el pa-

(1) Eph., IV, 19.

ganismo, cuando un Tácito, con amargura y con desprecio, rechazaba la fe en toda Providencia directora y en toda justicia remuneradora, <sup>(1)</sup> ó cuando en presencia de la miseria general que existía entonces, encontraba Plinio este único consuelo: «que ni á los dioses en quienes estaba muy lejos de creer, sucedían las cosas á medida de su deseo.» <sup>(2)</sup>

No obstante, nos hablan de los griegos; está bien. Pero, ¿dónde estaba el pueblo griego? Y si queremos penetrar más á fondo ¿dónde estaban en aquellos tiempos que nos atrevemos á llamar los más puros del paganismo? Es ley general, que puede probarse por la historia, y á la cual acudiremos más tarde para hablar más á fondo, que cuando no ha sido renovada la humanidad por un germen descendido de lo alto, se halla, relativamente á los verdaderos bienes de la vida, no en estado de progreso, sino en estado de retroceso; á veces prospera la civilización exterior, pero retroceden la cultura del espíritu y la moral. Sucedió lo mismo entre los Griegos. Es incontestable que los tiempos antiguos, y en particular los tiempos heroicos de Homero, no alcanzaron el brillo de la vida exterior de los tiempos de Pericles; pero fueron muy superiores relativamente á todos los períodos sucesivos de la historia griega en pureza de vida religiosa y moral.

Para no exponernos á formar un juicio demasiado severo, nos detendremos primero en esta antigüedad. Un himno que nos ofrece la tradición como venido de Orfeo, es testigo de la pureza de las tradiciones religiosas que, con frecuencia en aquellos tiempos, provenían del primitivo período de la humanidad. <sup>(3)</sup>

«En tus meditaciones, ten fija la atención en el divino espíritu.  
No te arredre el trabajo del pensamiento; y camina por los senderos de la  
virtud.  
Entonces conocerás pronto lo que cantaron los sabios hace mucho tiempo.  
Hay un ser infinitamente perfecto que lo ha ordenado todo.»

(1) Tácito, *Ann.*, 6, 22, 28.

(2) Plinio, *Hist. nat.*, 2, 5, (7), 10.

(3) Orphica, 1, 2 (Mullach, *Fragm. Philos. Græc.*, I, 166 y sig.).

Y lo que hizo, forma su reino, que recorre constantemente.  
 Su mirada llega á todas partes; para Él es tan transparente el corazón del  
 hombre como el cristal de las aguas.  
 Fuera de Él no hay nadie. Sólo podrás contemplar bien las cosas cuando  
 Las conozcas. Por eso, dirige tu vista al mundo.  
 Éste señala claramente la huella de sus pies  
 Y la mano divina, cuya potencia lo ha creado todo.  
 En verdad que no le veo; un velo lo cubre.  
 Mas Él reina allá arriba, en el cielo, en un trono de oro.  
 En su vigilancia descansa el orbe de la tierra, semejante al escabel de sus  
 pies;  
 Si extiende los brazos, toca las extremidades del mundo;  
 Y bajo la presión de su dedo se conmueven hasta en sus cimientos las mon-  
 tañas.  
 ¿Qué sucederá al mundo, cuando se levante Él en su cólera?  
 Su mansión es el cielo; sin embargo, todo lo dirige en la tierra.  
 Sólo Él es el principio, el medio y el fin». (1)

De estas enseñanzas, no tendrían por qué ruborizarse los Padres de la Iglesia; y no se han avergonzado por cierto; con frecuencia las citan textualmente. (2)

**3. Carácter opresivo de las miras religiosas de la antigüedad griega.**—Tenemos, pues, aquí la base de un concepto de la vida, según la cual se podría ciertamente vivir piadosa y religiosamente y en forma verdaderamente humana, suponiendo que debiera esperarse una felicidad simplemente natural. Pero planteemos entre tanto estas cuestiones. Entre los griegos, y aun entre los mejores griegos, ¿cuántos se elevaron á la altura y á la pureza de semejante ideal? ¿Cuántos vivieron entre ellos en conformidad con este ideal, y cuántos encontraron en él la felicidad del corazón que es su consecuencia? Para contestar, seguiremos á un guía de inapreciable valor; la obra de Nøgelsbach sobre la teología homérica. Pero según su testimonio se duda tan poco de la Providencia en Homero, como en las edades que le siguieron. (3) Es general la miseria del hombre, no cabe duda ninguna; (4) más si no hay

(1) Cf. Plato, *Leg.*, 4, p. 716, a.

(2) S. Justino, *Monarchia*, c. 2; *Cohort.*, c. 15; Clemente de Alejandría, *Cohort.*, c. 7. Eusebio César., *Præpar.*, *Evang.*, 13, 12; Teodoreto, *Affect. Græc.*, s. 2 (Schulze IV, 735 y sig.).

(3) Nøgelsbach. *Homer. Theol.*, (2) 52, 361 y sig. *Nachhomer.*, *Theol.*, 90.

(4) *Id.*, (2) 371 y sig.

duda, es que esa miseria es consecuencia de la cólera divina. Aunque haga cuanto quiera el desgraciado para reconciliarse con los dioses, jamás llega á estar seguro de haber tenido éxito; esos dioses son hasta sus seductores. Siempre que se halla una historia de seducción en aquellos tiempos que fueron relativamente puros, (1) los culpables son ciertamente los dioses ó las diosas, que sin piedad y con maligno gozo se lanzan sobre la víctima de su maldad. La blasfemia que tomó Goethe de Voltaire para ponerla en labios de su harpista: (2)

«Que el pobre sufra la implacable pena  
 »Si culpable es, y á tal se le condena». (3)

es la más clara expresión de la desesperación que debió apoderarse del hombre de Homero, cuando vió delante de sí como verdugos y como expectadores de su tormento los que acababan de ser la causa de su caída. (4) Es cierto que buscamos en vano en Homero esa estúpida resignación ante el desapiadado destino, que nos manifiesta el paganismo por estas palabras de Plauto:

«Del jugador cual la pelota en mano,  
 »De los dioses es burla el ser humano». (5)

Menos aún podemos buscar entre sus reyes aquel malvado que se obstina hasta burlarse desafiando la graciosa misericordia de nuestro Dios como el Gloucester de Shakspeare que se atreve, cobarde, á proferir esta blasfemia:

«Lo que las monas son para los niños,  
 »Para los dioses somos: sus placeres  
 »En nuestra muerte encuentran». (6)

En Homero soporta con fortaleza el héroe su miseria, y

(1) Nøgelsbach, *Homer. Theol.*, (2) 270. *Id.*, II., XVI, 180, VI, 21. *Od.*, XI, 235; cfr. *Nachhomer. Theol.*, 55 y sig., 332 y sig.

(2) Baumgartner, *Goethe's Lehr. und Wanderjahre*, 258.

(3) Goethe, *S. W.* Stuttgart, 1853, I, 132.

(4) *Homer. Theol.*, (2) 65, 361, 373.

(5) Plauto, *Captivei*, prol. 22.

(6) Shakspeare, *Lear.*, IV, 1.

busca cómo hacerse tolerable la vida con los goces y los placeres. Nada dice la leyenda sobre la vida de los vulgares habitantes de Egima, ni de la de los Argos, de Minos, de la Lócrida, y de tantos otros, cualquiera que sea su nombre. Pero la manifestación de su vida exterior deja ver, allá en el fondo de su pecho de héroes, el sentimiento de la maldición que parece no los ha perdonado. Por eso suspiran aquellos valientes guerreros por el único consuelo que conocen, el descanso de la muerte, porque les parece que sólo el término de la vida ha de poner término á sus sufrimientos. <sup>(1)</sup>

Para ellos, el colmo de la desgracia está en que sufra el hombre, durante su vida, para llegar á ser más desgraciado después de la muerte; tal es el hombre de Homeo, mortificado en todos sus sentidos por sus ideas sobre la vida y la muerte; teme el aniquilamiento en la muerte, y piensa al mismo tiempo en el suicidio; maldice la vida, y no conoce palabra más expresiva de su odio que la muerte. <sup>(2)</sup> Aun después de la muerte, continúan su proceso ante el juez subterráneo las sombras insensibles é inconscientes. Están sin vida, sin conciencia, no tienen paz ni reposo después de una vida sin consuelo. <sup>(3)</sup>

No puede creerse que los griegos de la más feliz y más celebrada época de la historia gozaran de más grande felicidad que los héroes que pertenecieron á los primeros tiempos de la soberbia juventud de aquel pueblo. Lejos de hacerse más nobles y más puras las miras religiosas de los griegos posteriores á Homero, se oscurecen más. Allá, en medio de todas las desdichas, reina todavía el alegre buen humor de la vida; pero entre tanto, aparece la muerte como algo deseable, y se dejan oír las quejas del dolor. <sup>(4)</sup> En Herodoto, la divinidad toma pretexto de las perversas acciones de los hombres para desencadenar contra ellos una desgracia que de antemano les estaba destina-

(1) Nøegelsbach, *Homer. Theol.*, (2) 376.

(2) Nøegelsbach, *Homer. Theol.*, (2) 379.

(3) Id., (2) 413.

(4) Lehrs, *Populære Aufsätze aus dem Alterthum.*, 1856, 42 y sig.

da. <sup>(1)</sup> Seres limitados y privados de felicidad aquellos dioses, persiguen con su vengadora justicia, no sólo á los culpables, sino también á los inocentes, y únicamente porque envidian su felicidad. <sup>(2)</sup> No puede negarse que domina este pensamiento á toda la antigüedad. Cuanto más adelante marcha, más oprimida se siente por su peso aplastador. Apenas si se atreve Cicerón á hablar en un discurso público de los éxitos de Pompeyo; era por demás peligroso: «la felicidad del hombre irrita con demasiada facilidad á los dioses». <sup>(3)</sup> Llevados de este miedo de todos los momentos, suspendían de su cuello los más timoratos los objetos más horribles y más despreciables. <sup>(4)</sup> Ponían de muestra delante de sus casas y aun sobre sus techos los más abominables espectáculos, <sup>(5)</sup> para que ni su belleza ni su felicidad provocasen los celos de los dioses; si se les alababa, para aplacar á los dioses, se escupían inmediatamente á la cara, <sup>(6)</sup> ó se servían de la expresión: «fuera maleficios». <sup>(7)</sup>

Sin duda que aquellos groseros renuevos de la superstición, eran reproducción de los últimos tiempos del paganismo degenerado, pero sus siniestros principios se remontaban á la antigüedad más remota. Ya se ve aparecer en Homero aquella terrorífica creencia en la envidia que tenían los dioses á la distinción personal del hombre. <sup>(8)</sup> Según aquel poeta, siempre fué temible la idea de la hostilidad de los dioses. Esquilo la da á conocer en los términos más claros y precisos. Al lado de una salud exuberan-

(1) Herodoto, 4, 79; 7, 10, 9; 46, 4; 8, 109, 3.

(2) Herodoto, 1, 32; 3, 40 (Historia de Polícrates).

(3) Cicerón, *Pro lege Manilia*, 16.

(4) Plinio, *Hist. nat.*, 28, 7 (3), 4; *Schol. in Aristophan. Plut.*, 884; Plutarco, *Quest. conv.*, 5, 7, 3, 6; Luciano, 52, 17. *Fascinum, servatorium, amuletum, phylacterium, ἀποτρόπαιον*.

(5) Plinio, *Hist. nat.*, 19, 19 (4), 2; Tibull. 1, 4; Lactancio, *Institut.*, 20, 36; S. Agustín, *Civ. Dei*, 6, 9, 3; 7, 24, 2.

(6) Aristóteles, *Problem.*, 20, 34; Teócrito, 6, 34.

(7) Ἀδασχάρως, *præfiscine; absit invidia verbo*.

(8) Nøegelsbach, *Homer. Theol.*, (2) 33. *Nachhomer. Theol.*, 50, 52; Lehrs. *Vorstellungen der Griechen über den Neid der Götter* (lugar citado); Limbourg-Brouwer, *Histoire*, VI, 28 y sig., 86 y sig.

te, vela un mal pérfido; precisamente, cuando más tranquilamente boga el buque sobre las olas, viene á chocar en un escondido escollo; si no quiere zozobrar, hará muy bien el hombre prudente en lanzar al mar parte de la carga». (1) Jamás se habla del amor de los dioses á los hombres; no sienten afecto alguno hacia ellos; no tienen más que preferencias criminales, apasionadas por algunos favoritos particulares. (2) Sin duda que tiene el hombre necesidad de los dioses, pero no se puede confiar á ellos; ni halla tampoco en sí el menor rasgo de confianza ó de esperanza en semejantes divinidades. (3)

4. **Idea poco elevada que tenía del hombre.**—Tales eran los tristes consuelos que hallaban los paganos, y aun los griegos del más brillante período de su historia, los griegos del siglo de Pericles, cuando levantaban los ojos á las alturas eternamente serenas, en que habitaban aquellos tan celebrados dioses, y cuyo destronamiento cree nuestro Schiller que no puede deplorar lo bastante. Cuando dirigen aquellos griegos una mirada á sí mismos, hallan, como dice Píndaro, «que está llena de inconstancia nuestra suerte, y que habitan muy cerca una de otra la alegría y la tristeza». (4) Quéjase Tucídides (5) con bastante gravedad, de que lo mejor de sus contemporáneos es víctima de la insensibilidad, de la injusticia, de la opresión y del egoísmo; mientras que se burla Aristófanes de su falta de carácter moral, para aplaudir por fin, riendo, la desaparición de la moralidad, y como Tucídides, no se atreve á esperar mejora de parte de los dioses. ¿Y Sófocles, el poeta de oro de la edad de oro de la antigüedad? No tiene más que una palabra para dar á conocer su opinión sobre lo que ofrece la vida: «Ningún mortal, dice, está exento de desgracia, y nadie puede librarse de su destino. Es transitorio el hombre como la hoja ligera, pa-

(1) Esquilo, *Agam.*, 1001 y sig.

(2) Nægelsbach, *Nachhomer. Theol.*, 58 y sig., 317 y sig.

(3) Nægelsbach, *Homer. Theol.*, (2), 196.

(4) Píndaro, *Ol.* 2, 30 y sig. *Fragm.* 210 (Hartung, 1856, IV, 258).

(5) Tucídides, 1, 76, 2<sup>o</sup> 53, 3, 40.

sajero como la sombra, vano como sueño engañoso; su felicidad no es más que una apariencia fugitiva; no hay quien pueda ser considerado feliz antes de morir». (1) Bien considerado todo, la muchedumbre de los males, lo rara que es la verdadera felicidad, y el inevitable fin, ha llegado el caso de repetir: «Lo mejor para el hombre es no haber nacido; y nacido, morir lo antes posible».

5. **Lo mejor no haber nacido; el único bien envidiable, morir lo antes posible.**—Era esta máxima el punto culminante de la sabiduría de los antiguos que examinaron á fondo la vida; es el triste resultado de sus observaciones sobre el mundo; y cosa rara, sé la encuentra constantemente en Baquilides, Teognis, Posidipo, Sileno, Crantor, Eurípides, y se continúa hasta Plutarco, Cicerón y Séneca. (2) Nos atrevemos á afirmar que apenas si existe una materia sobre la cual haya sido más unánime el testimonio de la antigüedad; son los más felices los que no han nacido, y después los que mueren en edad temprana.

Es ciertamente este pensamiento el primero que viene á la mente de los que juzgan de las cosas de aquí abajo según las miras del mundo, prescindiendo de esas naturalidades privilegiadas para las cuales puede ser una carga la vida en el primer momento de un dolor grandísimo; tales como Job, Tobías, Jonás. (3) También confiesa Salomón que en el momento en que se sintió saciado de los bienes de la vida, comenzó á entrar en sí mismo, y á buscar verdades más satisfactorias, que las que había hallado hasta entonces, y la presencia de la inocencia oprimida por doquiera, y sin hallar protección en ninguna parte, le dictó esta sentencia: Volvíme á otras cosas, y vi las calumnias que pasan debajo del sol, y las lágrimas de los inocentes y ningún con-

(1) Sófocles, *Antig.*, 604 y sig.—*Ed. R.*, 1186, *Ed. Col.*, 1215 y sig. *Trach.* 1 y sig., 943.

(2) Stobæus, *Florileg.*, 98, 121 (Meineke III, 221 y sig.). Le Nourry, *Apparatus ad Biblioth. maxim.*, P. P. II, 1116; Lasaulx, *De mortis dominatu in veteres* (Studien des classischen Alterthums, 485 y sig.).

(3) Job, III, 1; Tob., III, 6; Jon., IV, 3.